

José Martí, poeta

(Véanse los números 17 y 18).

III

HABLA de su paje... Y torna entonces la apariencia de balada del norte. El paje es fiel, lo cuida, le gruñe, le limpia su corona de laurel. Ese paje no come, no duerme, se acurruca a verle trabajar y sollozar... Le ofrece una taza de ceniza... Se sienta junto a su cama, y si escribe, el paje derrama sangre en la escribanía. Se evoca el lápiz de Durero...

 Mi paje, hombre de respeto,
al andar castañetea:
hiela mi paje, y chispea:
mi paje es un esqueleto.

Hay antítesis huguescas. Va el poeta remando por un bello lago, «con el sol que era oro puro—y en el alma más de un sol»; de pronto, ve ante sí, en el bote en que rema, un hediondo pez muerto. Burila viñetas preciosas. El paseo de un viejo y una niña rubia le dan motivo para exquisitas redondillas. Y unas galanas gallardías como ésta:

 Vino el médico amarillo
a darme su medicina,
con una mano cetrina
y la otra mano al bolsillo:
¡Yo tengo allá en un rincón
un médico que no manca
con una mano muy blanca
y otra mano al corazón!

 Viene, de blusa y casquete,
el grave del repostero,
a preguntarme si quiero
o Málaga o Pajarete:
¡Díganle a la repostera
que ha tanto tiempo no he visto,
que me tenga un beso listo
al entrar la primavera!

Esto es fino y sano y trasciende a rosas frescas. Así había de esos trozos floridos y llenos de sol puro en el alma de Martí. Versos que pintan una pareja amorosa. Aparece una Eva, a quien pinta con hermosura y viste de maravilla. Ella anima la naturaleza y pone resplandor en todo.

 ¡Arpa soy, salterio soy
donde vibra el Universo:
vengo del sol, y al sol voy:
soy el amor: soy el verso!

Y lindos versos, más lindos versos, por dos alfileres de Eva; o por un instante de celos; o por el desencanto y creencia en el engaño femenino; o porque la ve en un salón de pintura. Acuarelas brillantes y rápidas:

 Estoy en el baile extraño
de polaina y casaquín
que dan, del año hacia el fin,
los cazadores del año.
Una duquesa violeta
va con un frac colorado:
marca un vizconde pintado
el tiempo en la pandereta.

Y pasan las chupas rojas,
pasan los tules de fuego,
como delante de un ciego
pasan volando las hojas.

Mas, de pronto, vendrá la idea fija en su mente, la idea del combate por la patria, y algo como el presentimiento que su ánima profética tenía de un heroico fin futuro.

 Yo quiero salir del mundo
por la puerta natural:
en un carro de hojas verdes
a morir me han de llevar.
No me pongan en lo obscuro
a morir como un traidor:
yo soy bueno, y como bueno
moriré de cara al Sol!

Y rima de tres pintores, uno que sale a pintar «sobre la tela del viento—y la espuma del olvido», otro «puesto a pintarle las flores—a una corbeta mercante»—y otro que mira al pintar «el agua ronca del mar,—con un entrañable amor». Y luego es un clamor, otra vez profético, realizado ya en la memoria de sus conciudadanos—entre los cuales los hay olvidadizos—y en sus monumentos, en su isla, si no dignos de él, al menos señales de su recuerdo ante las generaciones quizás más justas que vendrán:

 Yo pienso, cuando me alegro
como un escolar sencillo,
en el canario amarillo,—
que tiene el ojo tan negro!
Yo quiero cuando me muera,
sin patria, pero sin amo,
tener en mi losa un ramo
de flores,—y una bandera!

Los tiene... Y patria también,—y el amo, que él temía, a las puertas... Canta el placer hondo de hacer el bien. Pinta escenas de matanza por los aherrajadores. Y conmueve cuando dice de la madre desolada y valiente que le va a buscar en la trágica noche:

 Llama una mano a la puerta
en lo negro de la noche.
No hay bala que no taladre
el portón: y la mujer
que llama, me ha dado el ser:
me viene a buscar mi madre.
A la boca de la muerte,
los valientes habaneros
se quitaron los sombreros
ante la matrona fuerte.
Y después que nos besamos
como dos locos, me dijo:
«Vamos pronto, vamos, hijo:
la niña está sola: vamos!»

Y vuelve el eco de balada. Un hijo, cuyo padre ha muerto por la libertad, sirve de soldado a los invasores. Pasa cerca de la tumba fraternal, y

 El padre, un bravo en la guerra,
envuelto en su pabellón
álzase: y de un bofetón

lo tiende, muerto, por tierra.
El rayo reluce: zumba
el viento por el cortijo:
el padre recoge al hijo,
y se lo lleva a la tumba.

Es de una concisión, de un vigor, de una potencia poética en verdad admirables. El idioma se flexibiliza en la facilidad expresiva. Era aquel un lírico natural, y si su prosa contiene muy a menudo versos, por sus versos corren cristalinas y fluyentes linfas de prosa armoniosa. Y por todo, un estremecedor aliento romántico que anima doblemente lo real de la visión o del recuerdo. Así cuando rememora escenas de los tiempos de la esclavitud, él, que amó tanto a los pobres y bravos negros, dulces en la paz de los ingenios y terribles en los entreveros de las maniguas. Pues en verdad, los mal pagados, ¡ay! por la fatalidad de su raza hicieron patria con su sangre, tanto o más que los libertadores blancos. Patria... esa es, sobre todo, la idea obsesora de Martí. Una patria que él soñaba en absoluto libre, y por la cual temía las invasiones de un amo nuevo... Y a su hijo, niño, habla de la patria:

 Para modelo de un dios
el pintor lo envió a pedir:—
¡para eso no! ¡para ir,
Patria, a servirte los dos!
Bien estará en la pintura
el hijo que amo y bendigo:—
¡mejor en la ceja oscura
cara a cara al enemigo!
Es rubio, es fuerte, es garzón
de nobleza natural:
¡hijo, por la luz natal!
¡Hijo, por el pabellón!
Vamos, pues, hijo viril:
vamos los dos: si yo muero,
me besas: Si tú... ¡prefiero
verte muerto a verte mil!

Visión de una iglesia, en la noche, iglesia que tiene la forma de un buho... Visiones de amor fatal y desastroso. Amarguras y penas... «¡Penas! ¿Quién osa decir—que tengo yo penas?»... «La esclavitud de los hombres—es la gran pena del mundo!» Llantos de apóstol. Blande la estrofa. «Tengo mis versos, que son—más fuertes que tu puñal!» De carne se puede hacer una flor, un cielo, un niño; pero también el alacrán, el gusano, la lechuza... Y, como siempre, el peor martirizador, la mujer... Decir mal del tirano, del error... ¿De la mujer?

 ...Pues puede ser
que mueras de su mordida;
pero no empafies tu vida
diciendo mal de mujer!

Y, con todo, bien sabía él de Dalila y de Onfalia. Era generoso de continuo. La amistad, para él, cosa sagrada. Y piensa en la tumba de su padre. Y escribe de tanto en tanto concrecio-